



APUNTES MEDITERRÁNEOS 1/2025

Joaquín Arango

“Retos de la gobernanza migratoria en un mundo convulso”

En: Migraciones en el Mediterráneo: Retos y Prácticas de Acogida e Inclusión, Casa Mediterráneo (ponencia inaugural), Alicante (17-18 de septiembre 2025)

Confío en que el carácter introductorio de esta sesión inicial haga aceptables unos comentarios elementales a propósito del atractivo título propuesto.

Una vieja leyenda sostiene que los antiguos egipcios, confrontados a la Esfinge, además de saber la respuesta tenían que adivinar la pregunta. En mi caso, en lugar de inquirir ante las organizadoras acerca de la pregunta, he tratado de buscarla en el título de la sesión. Y el primer elemento que ha capturado mi atención ha sido su último término: el adjetivo convulso.

Aunque todo es posible, pocos negarán que vivimos tiempos convulsos, turbulentos, sombríos. Los nombres de Gaza, Ucrania, Sudán y tantos otros escenarios del horror vienen inmediatamente a la mente. Pero también el ascenso de la extrema derecha, que amenaza las instituciones, valores y consensos básicos de la democracia como no lo había hecho en decenios.

No hace falta decir que no se trata de la extrema derecha clásica, sino de una constelación de partidos y movimientos con mixes ideológicos diversos - autocracia, nativismo, populismo, homofobia, islamofobia, latinofobia en Estados Unidos, euroescepticismo y alguno más, pero que tienen al rechazo de la inmigración como indiscutible denominador común y estandarte principal.

No es de extrañar que el auge de la derecha populista sea de especial importancia para la gobernanza presente y futura de las migraciones internacionales y, por tanto, para la materia que nos reúne.



Conviene recordar que este auge es reciente, y que se ha incrementado en corto tiempo. A salvo del antecedente que supuso en los años 80 el Front National de Le Pen en Francia, estos partidos fueron irrelevantes y marginales hasta el cambio de siglo. Una muestra del rechazo que suscitaba todavía entonces esa derecha radical fue la entrada en el gobierno austríaco del ultrapopulista y xenófobo Partido de la Libertad, de Jörg Haider. En línea con las fuertes protestas internas y el estupor internacional, la UE impuso sanciones a Austria por dicha entrada: ¡qué contraste con el panorama actual!

También en la primera década del siglo causó sorpresa y preocupación el giro que empezaba a operarse en un país, Países Bajos, visto hasta entonces como modélico y abanderado de lo que llamaban tolerancia y que ha resultado ser más bien indiferencia seguida de rechazo. Empezó a verse que no era solo la extrema derecha de Geert Wilders la que protagonizaba el giro sino también una ministra del Partido Liberal de ominoso recuerdo, Rita Verdonk.

Pronto se empezó a ver que lo que se pretendía no era solo la lucha contra la inmigración irregular, que no atraía demasiada atención entonces, y que se aliviaba periódicamente con el recurso a regularizaciones extraordinarias (sobre todo en los países del flanco Sur).

Un ejemplo revelador fue por entonces la clamorosa irrupción en la escena migratoria de Nicholas Sarkozy, primero como ministro del Interior y del ramo y después como presidente de Francia. El paradigma de política de inmigración que intentó entronizar llevaba el llamativo título de *immigration choisie* vs. *immigration subie*, limitada la primera a profesionales y altamente cualificados y nutrida la segunda por migrantes irregulares, refugiados y demandantes de asilo, familiares y trabajadores de baja cualificación: un paradigma más fácil de proclamar que de llevar a la práctica. La pretensión de trasladar a la UE ese paradigma fue resistida y fracasó, pero en la práctica se ha ido imponiendo, con diversos matices, en las orientaciones de no pocos gobiernos europeos.

Desde entonces la bestia negra de los partidos populistas xenófobos no es solo la inmigración irregular: se extiende cada vez más a la inmigración no querida, con particular énfasis en el derecho de asilo y en la reagrupación familiar.



Aunque con fluctuaciones ocasionales, algunos partidos anti-inmigración han crecido hasta llegar al poder, como ha sido el caso de Hungría, Italia y EEUU, y desde allí desarrollan políticas hostiles a la inmigración no querida. Otros lo hacen a través de la influencia que les confiere la participación en coaliciones de gobierno o parlamentarias, como socio menor, condicionando decisivamente las políticas de inmigración, a menudo tras hacerse con la cartera de inmigración.

Para desgracia de migrantes y personas necesitadas de protección internacional, la inmigración se ha situado en el centro de la arena política. La sostenida acción de los partidos anti-inmigración ha generado un grado de politización que, por su intensidad, puede calificarse de hiperpolitización.

Los partidos anti-inmigración han construido una representación negativa de la inmigración que se impone a la realidad en amplios segmentos de la sociedad y de la vida política, no solo entre los perdedores de la globalización; y que perturba la gobernanza. Los partidos populistas xenófobos están ganando la batalla del relato, o de la narrativa, como ahora se dice. Aunque no de manera lineal, sus apoyos políticos y electorales tienden a aumentar. Y ello alarma a los partidos de gobierno, inmersos muchos de ellos en una deriva restriccionista guiada por la vana pretensión de combatir en el terreno de aquéllos.

En un foro altamente especializado como éste no es preciso decir más acerca de la naturaleza, los objetivos y los modos de operar de los partidos anti-inmigración. Baste decir que la hiperpolitización negativa de la inmigración y el asilo constituye uno de los mayores retos por los que inquiere el título de esta sesión: quizás el mayor de todos, porque influye de manera decisiva sobre la gobernanza en general: en no pocos casos la determina; en otros la condiciona; y siempre para mal.

El mayor ejemplo de la hiperpolitización de la inmigración y de su influencia sobre la gobernanza es EEUU, en especial desde 2016. No hace decir que el equivalente funcional en EEUU de los partidos anti-inmigración europeos es nada menos que uno de los dos partidos de gobierno: el Partido Republicano conocido como GOP. Había antecedentes, como las facciones del Tea Party, y una plétora de movimientos nativistas del tipo English Only. Pero todo eso ha sido engullido por el GOP desde lo que se conoce como Trump1.

En ningún lugar del mundo ha ido esta deletérea deriva tan lejos como en EEUU, antaño meca y destino preferente de los migrantes internacionales, hogaño escenario de una plétora de horrores.



Puede decirse que hasta 2016, en EEUU la inmigración era gobernable: de manera deficiente, con un modelo disfuncional y obsoleto, pero gobernable. Había inmigración irregular, pero en una magnitud moderada y básicamente estable (en torno a 11 millones estimados), y constituida en su mayor parte por personas que tenían trabajo y cierto grado de instalación, como se está viendo ahora cuando los supuestos migrantes irregulares son detenidos y deportados. No estaba demasiado lejana (1978), la gran amnesty, firmada por el republicano radical Ronald Reagan, que regularizó a cerca de tres millones de personas.

La primera llegada al poder de Trump trajo consigo la pretensión de demoler lo existente, de destruir sin alternativa, sin proponer nada a cambio y sin medir ni tener en cuenta las consecuencias, aunque solo fueran las laborales (que están por ver, porque deportar masivamente puede no salir gratis). Se trataba de una ofensiva total contra el mundo de la inmigración y el asilo, en múltiples vertientes y formas.

En esos años, Douglas Massey, una de las máximas autoridades mundiales en la materia – y que dentro de poco recogerá el Premio Princesa de Asturias de Ciencias Sociales –, definió la política de Trump como “una guerra contra la inmigración”. Por su parte, otro gran estudioso – y anteriormente galardonado con el mismo premio –, Alejandro Portes, vió en ella “el fin de la compasión” – término que se traduce mejor como buenos sentimientos o empatía que literalmente –, poniendo el foco sobre la virulencia, crueldad e inhumanidad de los métodos empleados por el gobierno. Un ejemplo entre muchos que horrorizaron fue la separación de padres e hijos y el confinamiento de estos en galpones sin las mínimas condiciones de habitabilidad. Es importante señalar este rasgo porque revela el odio y la xenofobia que inspira a estas políticas y los extremos a los que están dispuestas a llegar.

Cabía temer que Trump2 fuera aún peor, y el pronóstico se está cumpliendo con creces. Prosigue la demolición de todo lo existente. Los medios dan abundante información de las tropelías y atrocidades, sin cuento y sin parangón, en que se traduce la política de inmigración de Trump.

Aún así, no se pueden dejar en el tintero la brutalidad y crueldad de las redadas masivas, auténticas cacerías, practicadas a diario por los efectivos del ICE, que además de deportar masivamente, sin el menor respeto a la legalidad interna e internacional, y a la ética más básica, buscan sembrar un terror que conduzca a la auto-deportación. Una muestra más que ominosa es la nueva cárcel para migrantes construida a la carrera en el interior de un parque natural en Florida y a la que, con siniestra sorna, denominan Alcatraz



Alligator, por la doble razón de la escalofriante antigua prisión de la bahía de San Francisco y de los caimanes y serpientes que rodean a la nueva.

El segundo escenario de esta deriva es Europa: ciertamente aquí las cosas no han llegado tan lejos como en EEUU: sería exagerado hablar de guerra contra la inmigración, pero no de regresión y de retroceso. De hecho, no deja de haber algunas coincidencias con el coloso norteamericano, como la abiertamente declarada pretensión – desde Theresa May y sus sucesoras en el Ministerio del Interior británico – de hacer la vida miserable a migrantes irregulares y solicitantes de asilo para provocar su auto-deportación.

En la vanguardia de esa deriva hostil hacia la inmigración y el asilo, fuertemente restriccionista y no exenta de tintes xenófobos, el Reino Unido ha ido acompañado por otra democracia con solera, Dinamarca, con la peculiaridad de que, en este segundo caso, esas ominosas políticas vienen siendo desarrolladas por un gobierno socialdemócrata, lo que no deja de ser utilizado por los conservadores. Ambas democracias comparten una pasión por Ruanda y una especial aversión a los solicitantes de asilo, a los que administran el peor trato posible. Los detalles podrían multiplicarse, desde la prisión fluvial para migrantes irregulares y solicitantes de asilo establecida en el Reino Unido o su equivalente en una isla danesa desierta hasta la confiscación de bienes de refugiados huyendo de Siria por parte del gobierno danés, o la siniestra propuesta británica conocida como one for one.

Otra democracia de larga data cuyas políticas han dado muestras de inhumanidad es Italia, por su nefanda relación con el infierno de Libia, por su inhumana persecución de los rescatadores de náufragos, por su patética aventura albanesa y por su pretensión de establecer campos de refugiados fuera del territorio de la UE.

Otro caso digno de mención, revelador de los tiempos que corren, es el gobierno de Países Bajos y su pretensión de congelar el derecho de asilo, dejándolo en suspenso, como si se tratase de un marco legal de quita y pon.

Otros ejemplos de determinación política de la gobernanza por factores exógenos no son tan extremos como los mencionados, ni tan vulneradores de leyes y derechos. Es el caso, mucho más respetable, de Alemania pasando de la archifamosa generosidad de Angela Merkel - y de la preocupación preeminente por atender con mano de obra migrante las crecientes necesidades de su mercado de trabajo – al reciente restablecimiento de controles fronterizos en sus nueve fronteras terrestres, arrastrada por la presión política de la ultraderechista AfD. Algo parecido puede decirse de la acusada deriva restrictiva experimentada por las políticas de inmigración Suecia que antes de 2015 le habían granjeado el título de “el país más generoso del mundo”.



Otros dos casos interesantes de determinación de la gobernanza migratoria por la política a secas y que merecerían más de un comentario comparado son los de Portugal y España, de distinto desenlace hasta la fecha, arrollado uno por la política populista, resistente el otro, al menos por ahora.

Los cambios de rumbo en la gobernanza migratoria de Alemania y Suecia se han registrado sobre todo en la coyuntura de la crisis de 2015 y sus poderosas secuelas. Puede decirse que esos acontecimientos han supuesto una divisoria de aguas en la gobernanza de las migraciones en Europa. Todo se ha acelerado en los diez años transcurridos desde entonces. Cabe pensar que esos acontecimientos han generado un gran sentimiento de impotencia, si no de pánico, que mueve a soluciones arriesgadas y extraordinarias, pasando por alto reparos jurídicos, políticos y morales respecto de los métodos empleados.

Un paso decisivo en esa dinámica fue el pacto con Turquía en la primavera de 2016: un acuerdo no firmado, alegal, plagado de sombras y de áreas de penumbra; pero que fue eficaz. Supuso un descubrimiento que inmediatamente tuvo seguimiento en Libia, Túnez, Mauritania, Egipto y los que sigan.

Especialmente grave ha sido el siguiente hito en esa secuencia: el ominoso acuerdo de Italia con Libia, que supone un viaje a los infiernos, en el que todo vale. A pesar de ello, ha sido renovado y apoyado por la UE.

Desde entonces el control de fronteras, internas y sobre todo externas, ocupa un lugar central en la gobernanza migratoria en la UE, otorgando máxima prioridad a asuntos como las devoluciones, los acuerdos de readmisión, la externalización del control de fronteras y, más ampliamente, la cooperación con terceros estados.

En diversos grados, la preocupación preeminente y la primacía política residen en las dos esferas conexas de la inmigración irregular y el asilo. Se trata de dos retos que entrañan máxima dificultad, y que sin duda van a persistir en el próximo futuro, exigiendo una gobernanza reformada que es cualquier cosa menos fácil.

Pero me temo que ya he abusado de vuestra paciencia.

Muchas gracias.